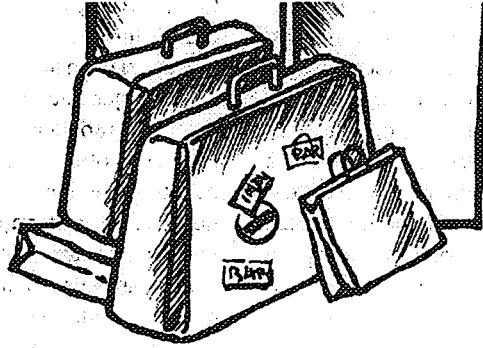


Destino Estambul

novela cósmopolita de Jaime Marchán¹

José Manuel López de Abiada*
(Universidad de Berna)



Es un honor para nuestra Universidad tener entre nosotros a Jaime Marchán, quien, gracias a los buenos oficios del Señor Embajador Edwin Johnson-López, leerá y comentará pasajes de su última novela, publicada en Madrid en 1998 por Verbum, la misma edi-

torial que arropó en su colección de narrativa. La otra vestidura (1991), su primera ficción novelesca, con la que obtuvo mención especial del Premio Pégaso de Literatura para América Latina (1994). Jaime Marchán está hoy con nosotros en su calidad de escritor de fic-

(*) Juan Manuel López de Abiada es Catedrático de literatura española e hispanoamericana en la Universidad de Berna. Cursó estudios de Hispánicas, Derecho, Literatura italiana, Crítica literaria y Teoría literaria en Zúrich, Madrid y Milán. Es autor de varias obras, entre las que figuran *Gottfried Benn* (Madrid 1981), *Perspectivas de comprensión y de explicación de la narrativa latinoamericana* (Bellinzona 1982, con Julio Peñate Rivero), *Goethe* (Madrid 1984) y *Entre la cruz y la espada: en torno a la España de la postguerra* (Madrid 1984).

1) Este texto fue redactado con motivo de la presentación de la última novela del escritor y diplomático ecuatoriano en la Universidad de Berna el 7 de mayo de 1999, en un acto patrocinado por la Embajada del Ecuador en la capital suiza y la Cátedra de Lenguas y Literatura Hispánicas de la Universidad de Berna.

ción, aunque también pudiera estarlo como autor de tratados señeros sobre Derecho internacional del espacio o como miembro del Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de las Naciones Unidas en Ginebra. Está hoy con nosotros como embajador de la literatura ecuatoriana, aunque en la actualidad ejerza de Embajador de su país en Santiago de Chile. Y me alegro muy especialmente poder contar con la presencia de un escritor ecuatoriano, porque en nuestra Universidad la literatura ecuatoriana tiene menor presencia que la que debiera: nuestras fuerzas sólo alcanzan para estudiar poco más de medio centenar de obras memorables y representativas de autores latinoamericanos. Entre esas obras figuran, sin embargo, de manera obligada, *Huasi-pungo*, *Los Sangurimas*; la sátira contra la dictadura de Aguilera Malta (*El secuestro del general*), poemarios de Carrera Andrade y Adoum y unas pocas novelas recientes, entre las que suelen estar *Entre Marx y una mujer desnuda* y *Por qué se fueron las garzas*. Efectivamente, no están todos los que son, pero la nutrida lista de títulos ineludibles en las literaturas de los varios países latinoamericanos y la presencia de escritores de la talla de Borges, Rulfo, Vallejo, Neruda, Cortázar, Nicolás Guillén o García Márquez y Vargas Llosa

nos obliga a ser estrictos en la selección. Tanto más, si consideramos que en nuestro plan de estudios son también de obligada presencia las obras canónicas de la literatura española.

Jaime Marchán se sitúa, por tanto, en esa larga y prestigiosa tradición de literatos relacionados con la diplomacia o incluso con la política, entre los que figuraron, como es sabido, Alfonso Reyes, Neruda, Paz, Fuentes y otros muchos escritores de renombre. Rómulo Gallegos, innovador de la narrativa hispanoamericana y autor de obras de la relevancia de *Doña Bárbara* (1929), llegó a la presidencia de la República de Venezuela en 1948; Vargas Llosa fue candidato a la presidencia de su país. Una tradición sin duda relacionada con el alto prestigio social que tiene la literatura en las sociedades de América Latina. García Lorca lo formuló en frase feliz en carta a sus padres enviada desde La Habana con fecha de 5 de abril de 1930: «No olvidéis vosotros que en América ser poeta es algo más que ser príncipe en Europa».

¿Desde cuándo tiene la literatura ese alto prestigio social en América Latina? Probablemente desde tiempos precolombinos, puesto que ya los vates y profetas de los mitos antiguos de las cosmogonías

de los aztecas, de los mayaquichés o de los incas gozaban de un alto prestigio social y político, como podemos percibir en los *Códices del antiguo México* y las *Crónicas de la conquista* o, algo más tarde, en las obras del inca Garcilaso de la Vega. A este respecto, no está demás subrayar que, pese al alto prestigio social de los literatos, hasta comienzos de la década de los sesenta apenas había escritores que pudiesen vivir de la pluma. Dato éste, por un lado, que respondía al escaso grado de movilidad de las literaturas de los varios países latinoamericanos, que, aunque fuesen vecinos, estaban en buena medida incomunicados, y, por el otro, dependía a su vez de los elevados porcentajes de analfabetismo y de la discrepancia entre el alto nivel cultural de los centros urbanos y de las insuficiencias de escolarización en las zonas rurales. Pese a ello, nadie puede negar la relevancia funcional de la literatura en el proceso de identificación de los latinoamericanos, sobre todo a partir de los años sesenta y de las excelencias del boom, pero también de la poesía de Vallejo, Neruda o Nicolás Guillén, de la novela indigenista, del Modernismo incluso. La literatura, pues, como proceso unificador de todo el continente hispano, como función identificadora, pese a la hasta hace poco difícil comunicación entre los distintos países y a los varios y va-

riados públicos receptores.

II.

Si la otra vestidura narra, en palabras del propio autor, la historia de «un escritor metido a diplomático, escrita por un diplomático metido a escritor», el protagonista de *Destino Estambul* es un periodista ecuatoriano que abandona su país con la intención de establecerse en Nueva York, pero que, debido a los malos oficios de una agencia de viajes, termina en una metrópoli fascinante e intercultural, a caballo entre dos continentes: Estambul. Y termina allí porque el buque en el que viaja como polizonte, escondido entre el cargamento de banano, no puede atracar en Koper (ex Yugoslavia), debido al estallido de la guerra entre serbios y croatas. En Estambul trabaja, gracias al apoyo del inspector ecuatoriano Kléber Cedenio, como experto en enfermedades del banano para una empresa llamada Osman & Bros, que al socaire de la importación del banano también trafica en droga, que llega escondida en las cajas. *Destino Estambul* es por tanto también una novela sobre el narcotráfico. Y es así mismo una novela sobre la creación (Méndez está enfrascado en la redacción de un manual sobre la «desadjetivación creativa») y sobre el arte (la origi-

nal pareja compuesta por los personajes secundarios Gregory Rosenthal y Sofi Levi son también escritores, poeta el marido y ensayista la esposa, enfrascada en la redacción de un estudio sobre la estética de lo obsceno). Y es, sobre todo, una novela de amor y de pasiones, zurdidos en torno a un espléndido personaje femenino, una joven llamada Shair (que en turco significa rocío y de la que; a juzgar por la delicadeza, la precisión y la deferencia con que aparece retratada, uno sospecha que esa hermosa joven que en la ficción novelesca escribe una tesis doctoral sobre la poesía otomana del siglo XVI está cincelada sobre un modelo real). Y el todo proyectado sobre el exuberante y excelso trasfondo intercultural de la antigua Constantinopla, que otorga a la trama un inconfundible halo de modernidad y globalización impregnadas, sin embargo, de una herencia cultural verosímil y a la vez levemente legendaria. Es precisamente ese ambiente intercultural y cosmopolita —en el que las varias culturas aparecen equivalentes en lo relativo a sus respectivos valores— el que hace que la obra quede exenta de sospechas localistas y de estereotipos o prejuicios interculturales. Veamos un solo ejemplo, referido a un pasaje de uno de los diálogos entre el

protagonista y Gregory Rosenthal:

Es una civilización admirable.

—Se sabe poco de ella... afuera.

¿No cree?

*—Cierto. Sin embargo, antes era peor. No se imagina la cantidad de estupideces, perdone la expresión, que la gente ha escrito injustamente contra los turcos [...]. Los otomanos tuvieron orígenes milenarios en la Anatolia Central y fueron grandes toda la vida. No obstante, el interés de Europa por Turquía sólo empieza cuando Solimán El Magnífico asume el poder en 1522. Antes de eso, se creía que los turcos eran una legión diabólica. Incluso Erasmo, el humanista más grande, los trata con el mayor desprecio en su *Consultatio de bello Turcico*. No hubo una sola voz en Occidente que no los atacara entonces, excepto Lutero. ¿Pero sabe por qué?*

—No.

—Se va a desternillar de risa. Lutero aducía, en el fondo, una razón masoquista. Sostenía que no estaba permitida la resistencia a los turcos porque por medio de ellos castigaba Dios las malas obras de los cristianos. ¿Se imagina usted!

—Yo creo que por miedo e ignorancia. Ambas cosas a la vez. Por cierto, la Iglesia acarrea gran parte de la culpa. El turco era el infiel, la media luna que se cernía contra la Cristianidad. Fíjese que en un escrito presentado a Felipe II en 1557 se le pide invocar a Dios omnipotente para que



aquel «monstruo turquesco, vituperio de la natura humana, sea destruido y aniquilado».

—¡Vaya lenguaje!

—Eso no es nada. Cuando las tropas de Solimán llegan hasta Viena, nunca fue más grande el miedo frente a los turcos. [...]

—¿Y cuándo se puso coto a esta turcofobia?

—Turcofobia. ¡Eso es!— dijo Greg, dándose una palmada aprobatoria en la rodilla—. Me parece el término apropiado: Pues, mire usted: fue la intelligentsia renacentista la que empezó a combatir semejantes prejuicios y, así, Busbecq y Belon se atrevieron a exaltar la sociedad turca y aun a colocarla como modelo, en

muchos aspectos, de las sociedades cristianas. Pero ya que usted se interesa tanto por lo turco, le recomiendo leer una obra española del siglo XVI, titulada *El viaje de Turquía*. [...]

—Se trata de un anónimo. Yo pienso que el autor, temeroso de posibles represalias por su defensa tan abierta de lo turco, prefirió encubrirse, sin saber que su relato de aventuras de un médico español en las cortes de un visir marcaría el comienzo de la historia comparada.

—¿Ah, sí?— dijo Méndez, admirando la erudición del poeta.

—Sí, claro. Y lo hace, además, de un modo irónico y sutil. Compara, por ejemplo, el encierro de las mujeres de los harenes ¡con el de la monjas clari-

sas en los conventos de España! [...].
(pp. 115-117)

Otro de los logros de la novela es su inconfundible cuño de modernidad, que se cristaliza tanto en la textura como en el entramado de la obra, en los que hallamos versos de Carrera Andrade, de Octavio Paz, del propio narrador o un ejemplo intercalado procedente de un (no importa si supuesto o real) poema otomano del siglo XVI. Y también hay una carta desgarradora del protagonista a su amada Shair, que había prometido el matrimonio a un estudiante portugués y lo había acompañado a Lisboa. En dicha carta hay un pasaje irónico referido al añejo tópico de la supuesta exactitud de los suizos («país de relojeros», según frase famosa de Ernesto Sábato): «Han llegado nuevos vecinos. Encima se ha instalado una pareja de recién casados. Deben ser suizos porque hacen el amor a la misma hora los mismos días, dos veces por semana». (p. 283) Hay además en la obra una trama policíaca sutil y bien armada, amén de una clara intención de denuncia y un recurso a la novela de viaje y de aventuras, como prueban las referencias a textos signifi-

cativos, de los que el mejor representante es *El viaje de Turquía* (redactado en 1557, pero publicado sólo en 1905 y atribuido tanto a Villalón como al Dr. Laguna).

Por eso *Destino Estambul* es sobre todo una novela que desborda los estrechos límites de la novela tradicional, folclórica o de la tierra para penetrar en otras culturas desde una posición exenta de prejuicios y con un absoluto control de la narración y del desarrollo de la psicología de los personajes. Una obra en la que, sin embargo, se cumple la esperanza borgiana de ser a la vez criolla y universal. Una novela, en fin, que responde al añejo² paradigma latinoamericano de la hibridez cultural, que por definición erosiona los límites de las diferencias. A este respecto, vienen a cuento, para concluir, unos versos hermosos de Nicolás Guillén que ilustran el estado actual de la imbricación de los géneros en la literatura: «a través de tratos y contratos / se han corrido los tintes y no hay un tono estable»³. Tanto más si los ponemos en relación con la novela contemporánea, en la que el hibridaje genérico y subgenérico es cada vez más perceptible. (3)

2) Digo «añejo» porque se remonta a los viajes de Colón. José Martí hablará mucho después de la América mestiza. Vasconcelos de la raza cósmica, Arguedas de Indo-América, García Calderón de Indo-Afro-Sino-Ibero-América y Angel Rama de transculturización.

3) La cita procede del primer poema de *West Indies Ltd.* (1934).